

NOTAS AL PROGRAMA

EL CUARTETO Y LAS LATITUDES GEOGRÁFICAS

JOAQUÍN GUTIÉRREZ HERAS

Cuarteto de cuerda

Nacido en Tehuacán en 1927, Joaquín Gutiérrez Heras pertenece a la generación de compositores mexicanos inmediatamente sucesiva a la nacionalista, encabezada por Carlos Chávez. Esta circunstancia histórica le permite mover sus primeros pasos con una libertad que sus antecesores no tenían. Ya no hay una identidad mexicana que reivindicar a priori, que construir o alentar para conquistar un puesto visible en el seno del panorama musical internacional. No hay ninguna fase histórica que protagonizar. Por ello, Gutiérrez Heras puede pasearse libremente por el escenario contemporáneo y escoger las referencias musicales que siente más cercanas a su sensibilidad.

Su currículum manifiesta esa apertura a todos los estilos, sin obedecer a los dictámenes de modas o corrientes específicas. Tras estudiar composición con Rodolfo Halffter y Blas Galindo en el Conservatorio Nacional de México, Gutiérrez Heras se marcha a París. Durante dos años (1952-1953) tiene como profesores a Jean Rivier, Olivier Messiaen, Georges Dandelot y Nadia Boulanger. En 1960, se traslada a Estados Unidos y se perfecciona con William Bergsma y Vincent Persichetti. Este aprendizaje tan variado desemboca finalmente en un lenguaje personal, en donde ningún elemento despunta de forma exclusiva. La influencia francesa (de Messiaen en especial) tiene desde luego un papel central, aunque convive junto con la lección de Bartók y Stravinski así como el estudio de la polifonía renacentista. En algunas obras de los años sesenta, se perciben también puntuales acercamientos al serialismo y la aleatoriedad.

El estilo musical de Gutiérrez Heras se mueve por una libre atonalidad que no excluye la presencia de agregaciones tonales y pautas modales tan típicas de la música de su tierra (sin por ello ceder a un enfoque nacionalista). La heterogeneidad de los elementos empleados se articula en un discurso fluido, caracterizado por una notable economía de medios. A la abundancia de Villalobos, Gutiérrez Heras contrapone soluciones más escuetas. Escuchar su *Cuarteto de cuerda* (1998) seguido del octavo del compositor brasileño es como pasar a la recargada espesura de la selva amazónica desde la desnudez soleada de los altiplanos mexicanos. Todo aquí obedece a una exigencia de economía sin ostentación, lo cual no significa pobreza de medios.

Escrito en un único movimiento articulado en más secciones, el cuarteto empieza por una expectante introducción lenta. Una larga ristra de notas repetidas conduce al *Allegro*, cuyo tema expone el violonchelo y retoman los demás instrumentos. De nuevo, la nota repetida comunica al trabajo temático un vigor rítmico que recuerda a Bartók. La siguiente sección hace las veces de movimiento lento; la línea melódica del primer violín gira alrededor de la nota fa. Una nueva y telúrica transición, protagonizada por *glissandi* ascendentes en *pizzicato* del violonchelo, deja finalmente rienda suelta al talante extrovertido del violín. La obra finaliza con una solemne sección contrapuntística en tiempo más lento, seguida por una coda (*tranquillo*) donde las sonoridades se diluyen en suaves figuraciones a cargo del primer violín, sobre el suave sostén de los otros tres instrumentos.